

AÑO XL.—Núm. 45.982

LA CONFERENCIA DE UNAMUNO



Por la gran expectación que ha motivado la conferencia dada ayer mañana en el teatro de la Zarzuela por D. Miguel de Unamuno la insertamos íntegramente, mediante la reproducción taquigráfica que nos hemos procurado.

Espanoles: Invitado por una comisión de amigos, y muchos de ellos desconocidos míos, vengo aquí hoy a hablaros, y encuentro desgraciadamente á este país en una especie de estado hiperestésico agudo á que no he llegado yo nunca, el desequilibrado. Llegan á él, por lo visto, los que gozan del equilibrio de la roca.

No; no hace mucho, en el Congreso, decía uno de los oradores á otro que terció en el asunto que hoy solicita la atención de todos, que si se hubiera presentado el proyecto que hoy se discute al día siguiente de los sucesos del 25 de Noviembre, lo hubiera aprobado desde luego. Me parece que desgraciadamente hay algo de esto.

Se ha tardado en hacer reacción y, es menester decirlo con toda claridad, ha sido merced á otra cosa, á la labor de unos cuantos escritores independientes, entre los cuales creo que puede contarme.

He oído decir, no lo he leído, que parte de la prensa llamada militar excitaba á que viniera á este acto representación del ejército, unos periódicos lo han propuesto con más moderación, y otros con no tanta, y he visto salir luego que no se les permitía venir. Lo siento. Mejor que aquí hablaría de ciertas cosas en un Centro militar, porque yo no vengo prevenido ni de la inmunidad parlamentaria ni de la inmunidad periodística, y han tenido el acuerdo cariñoso de hacerme notar algunos amigos que gozan de una y de la otra.

Además, yo creo que en estos casos, aun cuando llegara á considerarse como un combate, que en el fondo no lo es, no hay cosa mejor que el enemigo claro, saber siempre á dónde se pueden dirigir los tiros. Mas como sé, por otra parte, que hoy, en las luchas, hay ciertas formas y ciertas leyes, y que jamás pueden traspasar los pueblos cultos, no tengo inconveniente de entrar en ella, fiado en la hidalgía de aquellos á quienes, de un modo ó de otro, en uno ú otro respecto, hubiera de combatir.

Además, es que hay personas autorizadas que me oyen, y como el oficio de auditor es oír, yo, que he cultivado siempre más explicaderas, cuento con que los que tengan el oficio de oír, tendrán bien cultivadas las entendederas. (Bravo. Grandes aplausos.)

Se ha dicho también que qué me va y qué me viene en este asunto. Horrible herejía y antipatriotismo; como si aquellos que han defendido la supresión de la pena de muerte, lo hubieran hecho porque tuviesen miedo de caer mañana bajo esa pena. Esto me recuerda las gentes que á aquellos que negamos el infierno nos dicen que lo hacemos para poder mejor desatarnos en nuestras pasiones. Hay argumentos que ninguna persona culta puede emplear. (Muy bien, muy bien.)

Además, esto conviene á todo el mundo, conviene al ejército, conviene á la milicia, que es de la que menos tengo aquí que hablar. Y antes de entrar en otra cosa, tengo que explicaros algo de mi posición particular.

Yo no diré que le odio, porque no es verdad; yo no diré tampoco que amo al ejército; no quiero manchar mis labios con la adulación; diré sencillamente que odio la guerra y que nunca me parece justa. (Grandes aplausos.)

Procedo de un país en que, por tradición, por educación, por el ambiente que allí se respira, hay cierta manera de pensar y de sentir que no nos liga muy hondamente. Con estos principios de educación, cuando empezaba á conocerme de lo que por allí fuera pasa, me interesé grandemente, como creo que se han interesado casi todas las personas cultas, en el asunto de Dreyfus en Francia. Ví allí, presenciarnos allí la lucha de la pluma y de la espada, y vimos cómo se desarrolló aquella tragedia, de que por un lado fué protagonista Zola y por el otro Mercier. Estando en esta situación, ocupando el cargo oficial que hoy ocupo, ocurrieron el 2 de Abril de 1903 sucesos muy tristes en Salamanca; sucesos en que me ví mezclado, en que hubo un momento en que corrió peligro mi vida. Sin embargo, cuando yo veía aquella gente excitada, al contemplar muerto un chico que asomó la cabeza tras una ventana cerrada, no me llegaron las excitaciones de los demás, permaneci tranquilo. Me pareció una desgracia; la muerte lo es siempre para las madres, no para los que han muerto. Pero luego, cuando aquello se calmó, cuando entró en el segundo periodo, entonces fué cuando en silencio sufrí horriblemente. Y entonces, por algo de lo que pude vislumbrar, por los relatos de aquel suceso á que antes aludía y que leí en los periódicos, relatos que eran un puro tejido de embustes, por todo aquello, por informes recibidos de persona que tuvo alguna intervención técnica, y que hoy, si algún día hubiera de juzgarse aquel asunto, afortunadamente para su seguridad está ya bajo un pabellón extranjero, por todo aquello sufrí horriblemente.

Y llegó un momento en que se encarceló á unos muchachos; se les trató muy bien indudablemente, fué el final; el pueblo deseó que aquello acabara de cualquier modo, que no se volviera á hablar más de ello, y así sucedió.

Desde entonces he venido pensando mucho en aquello, yo, que, por lo que á mí hace, creo que no se debe faltar á la verdad ni siquiera para salvar á la madre ni á la Patria. (Muy bien.)

Luego vino este último suceso, vino el movimiento en Barcelona, el día, creo, 25 de Noviembre, y se produjo una gran agitación. El suceso ha sido calificado en las Cortes de una y de otra manera, ha sido calificado en escritos, alguno mío. Sin embargo, mucha gente se creía obligada á disculparlo. Yo no llegaré hasta eso, ni inculpo ni disculpo; para ello necesitaría leer los artículos que provocaron los hechos, artículos que, lo aseguro, no han leído los más de los que los han disculpado. (Aplausos.)





Luego se han dicho cosas verdaderamente tristes, y una de las más graves, afortunadamente para el país, ha sido desmentida públicamente, era una especie de prestigiosa para S. M. el rey; y digo que ha sido desmentida en el Congreso por personas autorizadas con gran ventaja para el país, porque en otro cualquiera con libertades públicas en que pudiera llegar a suceder lo que aquí falsamente, según parece, se dijo que sucedió, no se entraría en el fondo de la cuestión si no se quería dar una lección serena. La de que no se puede dar palabras que no está en la propia mano el cumplir. (Aplausos.)

Luego se han dicho cosas realmente curiosas; se ha dicho que esto era una cosa meramente transitoria. ¡Cosas transitorias en un país de interinidades, donde corremos riesgo hasta de que la nación misma llegue a ser interina! Y entonces sonó la palabra (la palabra, que es lo que aquí generalmente agita a las gentes, no el concepto), entonces sonó la palabra militarismo. Ayer, y este dato se le debo a mi amigo el Sr. Alas, ayer me decía que en el diccionario del Sr. Almirante, que por lo visto es una de las obras de más autoridad en España en estas materias, después de la palabra militarismo hay una serie de puntos suspensivos entre un par de admiraciones. Y es la verdad; en el país donde menos ha habido eso que por ahí fuera se llama militarismo, es en España; ni hoy le hay; tal vez llegue a haberle algún día, y acaso, constituya un bien.

He dicho antes que yo odio la guerra; más respecto a esto del militarismo, sólo os diré lo que dice un amigo mío, acaso con sobra de ingenio, y es, que él es clerical anticatólico (grandes risas) y añade: todo lo que queráis

contra el dogma, contra las doctrinas; contra el clero no; es la primer víctima de la Iglesia. (Muy bien.) La aplicación es clara. España ha sido, dicen, y uno de los que más por despaño lo ha desarrollado fué el mismo Cánovas, un país más belicoso que militar. Confieso que no entiendo del todo bien la distinción; sin embargo, preveo lo que hay. Y efectivamente, aquí en tiempos pasados se desarrolló siempre más el caudillismo, que el militarismo. Esto viene ya de antiguo, de los tiempos más antiguos en que aquí hubo el peligro de lo que llamaban el agermanamiento.

Llevamos eso a América, y allí una porción de cualidades nuestras, buenas y malas, se pueden ver con más relieve que en España misma.

Cuando nuestras antiguas colonias en América se separaron violentamente de España, es natural, no tenían ejércitos propios, allí no había más ejércitos que los de España, y se formaron lo que en algunas de estas repúblicas llaman montoneras, al frente de las cuales se ponía un caudillo, que él mismo se erigía en jefe de ellas, y concluido aquello, esta especie de ejércitos irregulares, estas masas difícil y duramente organizadas, entraron en un período terrible de luchas civiles, que provocó toda aquella larga época de las diferencias argentinas, que acabaron con la tiranía de Juan Manuel Rosas, y entonces, cuando en casi toda la América del Sur se pelearon estos males, hubo en la República de Chile un hombre, un comerciante de Valparaíso, uno de esos de la tan demorada vara de medir, que tomó con mano fuerte las riendas del gobierno y concluyó allí con aquellas consecuencias, poniéndose al frente del gobierno mismo un general, que han sido los que han concluido con el militarismo en una porción de sitios (lo prueba la República de Méjico), y en aquella época fué la República

de Chile el refugio de la libertad en la América del Sur, y allí fueron a refugiarse Domingo Faustino Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Alberdi, Juan Carlos Gómez, todos los hombres de la intelectualidad de Sud-América. ¡Dios quiera que no llegue un día también en que la flor de la intelectualidad, si hay alguna, tenga que emigrar de nuestra patria y busque bajo otra una libertad que aquí se le niega. (Aplausos.)

Y entraron en un período terrible, en el período de guerras civiles, y las guerras civiles, lo dicen todos los que de esto tienen algún conocimiento, no son la mejor escuela para los ejércitos. Y en España, por desgracia nuestra, en todo el siglo pasado hemos tenido tres guerras civiles en la Península, dos en Cuba y una en Filipinas. Esta es una desgracia verdaderamente grande; producen ciertos movimientos hipertrofos, producen la acción de elementos irregulares, como, verbi gratia, los que produjo el convenio de Vergara, dentro de un marco regular, y se crea un estado no muy favorable a la institución de las armas. Y aquí voy a servirme del testimonio de un escritor militar, de un talento positivamente sólido, aun más que sólido brillante: me refiero a mi amigo el comandante Burguete, el cual, en un libro que lei yo con suma complacencia, hacía notar cómo este es uno de los países en que significa más el peso muerto junto al peso vivo; quiero decir, las instituciones auxiliares comparadas con las que son propiamente de combate. No tenéis más que verlo. Yo conozco algún médico militar: la mayor parte del tiempo, no siendo la época de la comisión de quintas, no tienen nada que hacer, pasan una revista; los soldados van al hospital. Este peso muerto, indudablemente es un inconveniente grande; pero, por otra parte, ha producido en nuestras instituciones una manera de ser que las hace en España las menos a propósito para provocar eso que se llama militarismo.

El ejército en España no vive aislado de los demás ciudadanos, ni siquiera en el grado en que vive en otras partes; convive con nosotros, con nosotros se mezcla, tiene su carrera y tiene una manera de ser mucho más civil que la que tiene en otras partes. Yo conozco buen número de oficiales del ejército, excelentes personas la mayor parte de los que conozco, mas de éstos, de los que yo conozco, a la mayoría raras veces los he visto con uniforme. Acoto sus virtudes civiles y domésticas; pero sus ocupaciones, en cuanto yo he podido ver, han sido más de oficina que de otro género. Claro está que este es un mal que es muy difícil de extirpar. Respecto a otras virtudes, sólo he de decir una cosa: ojalá en España una institución cualquiera pudiera demostrarnos que puede sacarse una suma de valor de un pueblo de cobardes. (Muy bien. Aplausos.)

Ellos, como digo, conviven con nosotros. En otras naciones tienen sus círculos, tienen su manera de vivir algo apartada, hasta hay ciudades casi exclusivamente militares; aquí no, se mezclan con nosotros en nuestros casinos, lo cual tiene indudablemente grandes ventajas, pero tiene también grandes inconvenientes, porque el casino en España para todo el mundo, militares y paisanos, a todo el mundo ofrece el incentivo de azares malamente educativos. (Grandes aplausos.)

Cierto es que ofrecen también el aliciente de cierto grado de cultura, ofrecen bibliotecas medianamente repletas, y algunas veces es lo mismo que no lo estén, porque yo, señores, pertenezco a un cuerpo al cual está encomendado más especialmente el cuidado de la cultura, y hay entre mis compañeros alguno que conoce mejor el escalafón que el libro de texto. (Muy bien; muy bien. Grandes aplausos.)



«Cuando eso pasa entre nosotros, no necesito decir más. (Aplausos.) Se ha repetido mucho una frase de Napoleón, una verdadera tontería, de lo cual nadie debe extrañarse, porque los tontos de remate son los que en su vida han hecho ni dicho tontería alguna. Pues bien, hay una frase de Napoleón, que dice: «El ejército no debe ser filósofo; eso concluiría con él.» Yo no lo sé; sólo sé que una especie de filósofo, un filósofo de la guerra, era Moltke, aquel repulsivo Moltke, que empezó, siendo danés, su carrera al servicio de Alemania contra su patria. Además, muchas de estas cosas que os dejo nada más que entrever, se oyen dolorosamente a los mismos interesados cuando ellos son absolutamente sinceros y no les cohibe el traje; y aquí sólo os he de recordar la frase de un cura amigo mío, que cuando se le hacen observaciones sobre cosas que dice, poco en consonancia con su conducta, no sacerdotal, sino privada, añade: ¡Ya ve usted! Hay que honrar el traje. (Risas.)»

Después de este breve bosquejo, porque el cuadro que detrás de él hay lo veréis todos, porque todos lo conocéis tan bien como yo, sólo os he de decir que la cuestión que al presente se debate, es una cuestión que tiene muy poca importancia.

Unos u otros tribunales se llevarían poco, por la sencilla razón de que hoy á unos y á otros se impone el espíritu de los tiempos. (Muy bien.) No es lo grave el juzgar; lo he dicho, y aquí no he de desarrollarlo; lo grave es el enjuiciar, y yo nunca temería en la justicia al rigor, siempre temería al peligro de que el espíritu de cuerpo pudiera ahogar el espíritu de verdad. (Aprobación.) Y hay gentes muy suspicaces, que dan en sospechar si más que de otra cosa, se trata de dificultar la liquidación moral de nuestros últimos desastres. (Grandes aplausos.)

No es, señores, militarismo propiamente lo que aquí se avecina; hoy yo no temo este peligro; acaso haya otros peligros diferentes. Al rey de Prusia se le declaró emperador en Versalles, después de la victoria de Sedan. Yo no sé las ventajas ó desventajas que en Alemania tenga lo que llaman el régimen imperialista; sólo sé que yo, que por afición y por oficio me dedico algo á traducir, sé lo precipitadas que suelen salir las traducciones de los estudiantes en sus primeros trabajos, en que, si no conocen bien la lengua que traducen, no suelen

conocer mejor la propia que aquella que tratan de traducir. (Aprobación.—Una voz en el público: ¡Que descansé!)

Hoy no es época en España de descansar para nadie. (Grandes aplausos.)

Yo no sé si andando el tiempo se introducirá eso que llaman militarismo; pero en tanto, bueno será echar una rápida ojeada y ver qué es ese fuera de España, en los países donde existe, y no es pura y sencillamente más que un aspecto de la cuestión social.

La paz armada tiene entre otras significaciones la de absorber capitales en un empleo improductivo, que impide el que vertidos á la corriente de la producción determinen un alza tal de salarios y una baja de intereses que pongan en peligro el interés de los *beati possidenti*. (Aplausos); y las guerras mismas son hoy, ante todo y sobre todo, guerras económicas.

Cuando Napoleón III rindió su espada á Guillermo en Sedan le llamaba *Mon cheur cousin*, mi querido primo. Los primos eran los otros. (Risas.)

Y acaso aquí se produzca un día una exacerbación de la cuestión social que traiga el colapso que ha tenido en otras partes. Se está verificando ya, se está verificando en el campo silenciosamente, sin que la mayor parte de las personas se den cuenta de la gravedad del daño. No son, no, predicaciones socialis-

tas ni anarquistas.

No; es que espontáneamente, en casi todos aquellos desdichados pueblos por los que yo con cierta frecuencia paso, se está formando el partido de los ricos y el de los pobres, y se están tocando las consecuencias de la desamortización civil.

El daño, daño evidente y grande de la emigración, es, sin embargo, un paliativo á este mal, hoy hay pueblos, como el de Gallegos de Argañán, en que vecinos de él se fueron á la Argentina, fundaron allí otro del mismo nombre, y hay en el Gallegos de Argañán de la Argentina más naturales del pueblo de España que en el de España misma. Esto viene á más andar, y quien sabe si un día alguien pretenderá hacer servir los institutos armados para defender la patria de las ocultaciones, de los latifundios, lo que es hipoteca de los tenedores de la Deuda. (Grandes aplausos.)

Y en este caso, si esto llegara á suceder, ¿podría el pueblo tener amparo en el Parlamento? No; el Parlamento es un Parlamento en su mayoría oligárquico, de representantes también de los grandes latifundios. (Bravo.—Grandes aplausos.)

Si llegara ese caso, tal vez llegue al correr de los tiempos, ejército y Parlamento se desdefiarían mutuamente, pero se sentirían aliados forzosos. En muchas cosas no habéis de ver tan sólo el miedo, con ser el miedo grande y con poder tanto la imposición, no; habéis de ver debajo el instinto de los propios intereses, que hace que se quiera rodear de prestigios á instituciones, para acaso algún día hacerlas servir á los propios intereses. (Muy bien, muy bien.)

Creo que hay mucho por debajo de lo que está pasando. Acaso hay gentes abnegadas que pretenden evitar un alto suicidio; pero, por otra parte, ¿qué fuerza puede tener el Parlamento, si el Parlamento, como digo, en su mayoría es un Parlamento latifundioso? Y hay un mal peor, mucho peor que el militarismo y del cual nadie habla aquí, y ese mal es el mal del «abogadismo». (Aprobación.)

Pero, se me dice á esto, ¿es que no hay más opinión que la del Parlamento? Si; hay además la prensa. Yo no puedo abrigar animosidad alguna contra la prensa, sencillamente porque soy un hombre que lucha con la pluma; pero estoy viendo desde hace tiempo que, en vez de entonar el «yo pequé», están repitiendo á diario el «más eres tú». (Aplausos.) Como todavía no ha hecho la confesión de culpas, no puede dársele aún la absolución. (Muy bien, muy bien.) Hace muy pocos días decía Moret en el Parlamento que la actitud que el pueblo tomó en el asunto que hoy agita á muchas gentes en España, pocas, sin embargo, que la actitud, veis, que el pueblo tomó respecto de este asunto, se debió á estar apoyado por la posición de la prensa. Podrá haber en ello un error de perspectiva, naturalísimo en quien vive y escribe en Madrid: el error de creer al pueblo en una actitud respecto al ejército, que no existe. El pueblo no tiene, creo yo, actitud ninguna respecto de nada. (Risas.)

Y en cuanto á la supuesta independencia del periódico de empresa, sólo cabe decir que esa acusación del «perro chico» es una acusación de gentes que no conocen bien el fondo del asunto. Los periódicos no viven del perro chico. Les dá más un anunciante que unos cuantos compradores, y los anunciantes, los que, de una ó de otra manera lo favorecen, ciertamente pertenecen á la misma especie á que pertenecen, como antes decía, la mayoría de los representantes en Cortes de nuestro país. (Aplausos.)

Y es que aquí se trata de defender á los



que tienen que perder en contra de los que tienen que ganar. No hablemos... quiero pasar esto por alto, de una parte de la prensa que se titula ella misma militar, y que no hace al caso.

Hoy, por mal de todos, del que acaso yo en algunas ocasiones, si no por comisión por omisión, haya sido también responsable, la mayor parte de nuestra prensa está siendo órgano de la mentira, hija legítima de la cobardía, (grandes aplausos) de la mentira política, de la mentira patriótica, de la mentira cultural, de la mentira religiosa; de la mentira política ante todo.

Rara vez he asomado por el Parlamento, siempre lo he hecho nada más que por sus aladaños. Me repugna mucho cuando hay que entrar en un santuario, en que el dios que allí se adora no sea el mío, me repugna mucho ir a oír la misa de un cura ateo. La mayoría de nuestros políticos no creen en la política, y hay todo aquello de la disciplina, y de ahogar las propias convicciones, y del pontifce que declara «ex cathedra» que uno de los fieles está fuera de la doctrina, como si la doctrina fuera él. Y no es ciertamente la parte que parece más avanzada la que en esto da muestras ni de mayor amor a la verdad, ni de mayor virilidad de espíritu.

Todos sabemos que si alguien ha adulado al Ejército en este país, ha sido el partido republicano. (Grandes aplausos.) Y así, los políticos no pueden hacer opinión, no pueden hacer patria, que es una de las cosas que más necesitamos. (Muy bien.)

Y ahora quiero hablaros del patriotismo; no de aquel patriotismo que rima espalda con gualda, y que es medular, porque se siente por ella, (aplausos) no; sino del que se siente ó en la cabeza ó en el corazón, y no produce frío, sino calor. Es una desgracia; hemos venido de tumbo en tumbo de las Españas que antes figuraban en nuestro escudo a la España de hoy, que Dios quiera que no se reduzca a media España; de la «Hispania máxima a la Hispania minor», acaso un día a la «Hispania mínima»; y ha sido siempre por la idea tenaz de no proceder con cordura, de creer que se hacen las cosas, no con inteligencia, no con razón, con otro miembro del cuerpo que no os necesito nombrar. (Risas.)

He citado en varios artículos míos y libros una cuarteta de «Las mocedades del Cid», que pienso estaría repitiendo hasta que se la aprendan de memoria todos los españoles, si es posible:

Procure siempre acertarlo
el honrado y principal,
pero si lo acierta mal,
defenderlo y no enmendarlo.

Y así, por defenderlo y no enmendarlo, llegamos a la última gota de sangre y a la última peseta, y se llega a cosas, como una de que ahora tengo bastante saturado el espíritu, porque há poco que me he estado enterando, gracias a un trabajo de mi amigo el señor Retana, al martirio del noble Rizal, y es que hay una cosa verdaderamente triste, y es cuando se cumple lo que dice el dicho «Quod Deus vult perdere, dementat prius», aquellos a quien Dios quiere perder, primero los enloquece. Y hemos ido perdiendo, girones a girones, la

patria, y no es esto lo peor: lo peor es que las gentes que emigran, que habrían de formar fuera de ella colonias, resulta que, en rigor, no forman colonias españolas, se agrupan por Centros—Centro vasco, Centro gallego, Centro asturiano,—y es que allí no encuentran el apoyo de la madre patria, y en este estado de cosas, ha nacido eso que se llama comunmente el catalanismo y el bizkaitarismo. A este último lo conozco mejor: he convivido entre ellos, me he formado en el ambiente en que él se ha formado, fué en los primeros años de mi vida, y hasta que por discrepancias de carácter rompimos las amistades personales, amigos míos, aquel noble espíritu que se llamó Sabino Arana, y a quien, sin conocerle, dieron aquí en denigrarle, y es que nunca se quiere oír, ó en cuanto se habla de estos movimientos, una mentalidad rudimentaria sale siempre con la misma ocurrencia de rigor, siempre con las mismas vulgaridades.

Cierto es, y no he de ser yo quien lo niegue, que en estos momentos existe el elemento idealista, el elemento avanzado, pero que, desgraciadamente, aun sin quererlo, muchas veces sin saberlo, va arrastrado por el movimiento reaccionario y por los agiotistas. (Muy bien, muy bien.)

No há mucho, no recuerdo dónde, se me decía que no se puede hablar de superioridades étnicas, que todos somos iguales. La igualdad es una noción puramente matemática y no cabe más que entre cosas cuantitativas. Los hombres no somos iguales, ni podemos serlo, porque no somos cantidades, somos cualidades. Hay superioridades é inferiores étnicas respectivas y parciales, y todo el mundo, a la vez que siente su inferioridad respecto a otro, puede, en otro respecto, sentir su superioridad sobre él. Esto es grave, parece ser una cosa que no puede decirse, pero hubo un día en que se hablaba de la superioridad de los españoles peninsulares sobre los españoles nacidos en las colonias, como si no fueran tan españoles los unos como los otros.

No, esto no tiene más que un arreglo, y es que todo el mundo se persuade de que la lucha por la cultura es una lucha de imposición mutua, que yo debo tratar de sellar mi espíritu en cada uno de vosotros y cada uno de vosotros sellar vuestro espíritu en mí. Por esto, y solo por esto, fui a decir a mis paisanos que había que resignarse a la muerte de un antiguo idioma porque a nosotros no nos conviene. Cuando uno ha heredado de sus antepasados una espingarda, la cuelega, la venera, la rinde culto si es preciso, porque ha pasado de mano en mano desde sus más remotos abuelos hasta su padre; pero coge un mausser para pelear con él. (Muy bien.) Lo que hace es manejar el mausser a su manera, y si el que se le ha traído le dice que se apoya en el hombre derecho, le contesta:—No, yo soy zurdo, le apoyó en el izquierdo. (Risas.)

Hartó hago yo con tener como lengua de cultura la lengua de la mayor parte del resto de España, para que todavía tenga que ocuparme en manejarla como la manejan aquellos de donde el artefacto proviene. Claro está que este aspecto de la lengua es el más ideal, el más levantado. La lengua no es artículo de comercio ordinario; no se vende, no se compra; no necesita puertos francos. Ciertamente que ese aspecto de la lengua varía profundamente cuando se pasa de mi país a Cataluña. Yo siento una veneración muy grande hacia la lengua de mis padres y de mis abuelos, más que aquellos que han protestado alguna vez de lo que yo de ella decía; pero comprendo que como instrumento de cultura no puede compararse a la lengua en que cantó el que



Para muchos es el poeta más grande que ha tenido España en el siglo XIX. Mosen Jacinto Verdaguer. (Aplausos.) Yo quisiera que llegase día en que ese idioma pudiera integrarse con el idioma castellano; pero desde luego hay eso que llaman locuras, esas cosas de separatismo, más radicadas de lo que se cree, que son, desde el punto de vista de los mismos que las mantienen, un acto de supremo suicidio, una renuncia á sueños de gloria. No tenéis más que ver lo que hoy pasa en otras naciones. Mientras en Inglaterra los escoceses, que tienen una dignidad ó si queréis orgullo de raza mayor que los irlandeses dominan en casi todas las esferas—escoceses son los dos principales jefes de partido, los arzobispos, escocés el jefe de la Cámara de los lóres, están en todas partes—los plañideros irlandeses apenas si influyen en las altas regiones de la vida política de Inglaterra. Y en Escocia mismo, el poeta que representa la flor de la casta, la más granada de su espíritu, no es ninguno que cantara en el antiguo idioma céltico de la tribu de los híglanders, sino uno que cantaba en un dialecto escocés de la lengua inglesa; y ved que luego en América, y si por acaso hubiera alguien de allí entre los que me escuchan que me perdome lo que he de decir, porque á quien habla á sus propios compatriotas con libertad se le debe permitir que hable á todos del mismo modo; en América, digo, siempre creí yo que los trastornos que agitan al Uruguay vienen del recelo de la Confederación Argentina, que quiere mantener una independencia, más que otra cosa ilusoria.

La independencia de una nación es un medio, no es un fin, ¡y quién sabe si á Portugal, el reino vecino, le ha costado la independencia el patriotismo! Por recelo á España, por un recelo que tendrá la justificación que se quiera, en vez de aportuguesarnos á todos, si era menester, con llevar la capitalidad á Lisboa, han caído á los pies de un esclavo de Inglaterra. Y aquí, ¿cuándo hubo patriotismo y por qué lo hubo? Aquí lo hubo en las clases altas, si decimos así, cuando hubo un ideal, colectivo común, pero aquel fué un ideal que no podemos hoy abrigarle nosotros. Aquí hubo un patriotismo cuando España trató con el duque de Alba de imponer ciertas creencias y de ahogar la libertad de conciencia en los Países Bajos; pero ese sería, desde nuestro punto de vista moderno, un patriotismo execrable. Más execrable era en este caso concreto su instrumento; pero el hecho es que entonces fué cuando hubo patriotismo.

Y es, señores, que hay dos patrias: una patria territorial y otra patria espiritual, y aquí casi todo el mundo habla de la patria territorial, sobre todo los que tienen territorios en ella (aplausos); pero todavía apenas si está esbozada la patria espiritual, apenas si nos hemos formado una idea de cuál ha de ser el espíritu de España en el mundo, y qué ideales, qué tonos de cultura, le hemos de dar. Decía Carlyle que Sakespeare valía el imperio de las Indias, y que Inglaterra podía dar todas las Indias por Sakespeare; yo os diré que el «Quijote» vale por todo lo que hemos perdido de patria; y, además, reteniendo aquello, de no haber tenido Quijote, no lo tendríamos; teniendo éste, tendremos siempre aquello que perdimos. (Aplausos.) Triste será, sin duda, que llegue á mermarse el territorio de la patria; mucho más triste será que llegue á mermarse su espíritu, mucho más triste que deje de iluminarle el resplandor de la verdad. (Aprobación.) En un tiempo, fueron nuestros soldados de conquistadores á América; hoy hay además otros soldados que pueden ir á conquistarla, con la ventaja de que, á la vez, pueden ellos conquistarlos.

Quando los antiguos romanos se trasladaban de domicilio, llevaban consigo un puñado de la tierra en que descansaban las cenizas de sus padres, y allí donde iban á establecer su nuevo hogar depositaban aquel puñado de tierra, para sellar con este acto religioso la continuidad espiritual de la familia.

También yo, como no tengo ni un solo palmo de tierra que sea mío en el territorio de España, llevo conmigo mi corazón, que es un pedazo de la carne viva de mis padres, y sobre todo, permitidme que os lo diga, en mi patria espiritual he acotado mi propio pejugar, y aunque mi cuerpo no pueda reposar en este suelo, mi espíritu descansará en ese pedazo de la patria de mi espíritu. (Ruidosos aplausos.)

He procurado, como habéis visto, bordear todas las dificultades, decir todo lo que quería decir; decirlo noblemente, sin decapitarlo, sin ningún género de hostilidad, fiando, como he dicho en las buenas entenciones de to-

dos los que me escuchan; pero aunque yo, que libre de esta hiperestesia me creo dueño de mis nervios, hubiera caído en la cobardía que hoy está invadiendo á casi todos, con tal de hacer una obra de lo que estimo noble patriotismo, hubiera arrojado todas sus consecuencias.

La Patria tiene que ser un medio; cuando se convierte en fin, estamos perdidos. La Patria tiene que ser un medio para la cultura, y en España tenemos, entre las muchas mentiras, la tristísima mentira cultural.

No quiero hablaros de eso tan vulgar del analfabetismo, no; aparte de que es una leyenda, y de que en España hay muchos menos analfabetos de lo que se dice; si bien lo triste es que una gran parte lo son por desuso; cuando salieron de la escuela á los once ó doce años, leían y escribían mal; después no han vuelto á ejercitarlo y lo han olvidado, y aquí, hay que decirlo, es el Ejército el que sufre en gran parte esta deficiencia. (Aprobación.)

Y si continuara por ese camino, por donde parece que piensa continuar, y fuera una escuela, ganaría tanto que podría demostrar ante el mundo que aún quedan escuelas en esta patria.

No es lo peor el analfabetismo, no; lo peor es que algo de espíritu moral, es el culto á la cuquería, es esa especial corrupción de menores que se ejerce en esta especie de centro pulposo, y que les va poco á poco á los muchachos arrancando á tiras el corazón. (Muy bien, muy bien.)

¡Se dice: hay que vivir! Yo también vivo, yo estoy al frente de un centro de cultura, estoy en continua relación con los muchachos y con los estudiantes, ¡es triste cosa! no sé que la juventud española se haya asociado más á esos grandes movimientos que agitan á Europa, ni haya mandado mensajes, como las juventudes de otros países, ya á Zola ó contra Zola, ya á los revolucionarios ó al czar; no, no se unen más que para hacer gritos y pidiendo vacaciones. (Muy bien, Aplausos.) Luego, les coje, les coje y los agarrota esta rampionería ambiental, de la cual creo que no hay más manera de salir que ser como soy yo, un desequilibrado ó un visionario. (Aplausos.)

Hay que ver, triste es decirlo, que el que lee, lee libros que tiene que ocultar á los ojos de sus madres y de sus hermanas; y luego, ved las clases que en una nación deben ser, ó parece que deben ser, las directoras de la cultura, ved aquí esas clases altas que pasean el cuerpo en automóvil y arrastran el espíritu en carreta. (Muy bien, muy bien. Grandes aplausos.)



Y se trae como argumento eso que se llama el buen gusto, última invención, que recuerda aquello de Anatole France: «El catolicismo es hoy la forma más elegante de la indiferencia religiosa», porque ahora, y como culminación de la mentira cultural, quiero decir cuatro palabras acerca de la mentira religiosa.

Acaso esté en desacuerdo con la mayoría de los que me oyen. (Muchas voces: No, no.) Yo no comulgo en la religión oficial; pero yo, señores, soy cristiano, y lo que más me apena es ver que aquí en España, en gran parte, el catolicismo está siendo el elemento más activo de la des cristianización del pueblo. Conozco muchos sacerdotes que no leen los Evangelios más que cuando los mascullan en latín en la misa. Este es el punto grave aquí, este es el punto que no se puede tocar. En publicaciones en que libremente se escriben artículos francamente anticristianos, no podemos hablar de Cristo los que hablamos desde otro punto de vista: se ofenderían las esposas ó las hijas de los suscritores. Y es que hay que hablar de fanatismo. ¡Ojalá lo hubiera! Yo todavía no he tropezado con un verdadero fanático. Lo que veo es esa horrible fe implícita, esa fe del carbonero, que consiste en delegar y dejar que los otros piensen por uno.

Y yo, como decía un ingenioso orador y escritor español, que hoy ha vuelto á cierto campo, soy de los que para entenderme con Dios no necesito de revendedores de la gracia divina: yo me entiendo directamente con contaduría. (Risas.)

En los pueblos en que los espíritus se han habituado al ejercicio del libre examen religioso, la libertad civil tiene otras raíces que en estos otros pueblos en que la última forma es querer hacer solidaria la religión con la patria y tacharnos de malos españoles á los que no comulgamos con las ideas de nuestros antepasados. En un célebre documento, en un documento de deportación, he leído esta frase tremenda: «Considerando que descatolizar es desnacionalizar...» ¿Cómo es que se escribe esto, señores? Ved lo que está pasando en Francia: se está haciendo el inventario de las iglesias y no son fervorosos creyentes, no, los que van á armar el escándalo; son gentes que no creen en Dios ni en el diablo. Yo, señores, cómo os he dicho, soy cristiano y creo que á Dios hay que adorarle en espíritu y en verdad, porque Dios es, ante todo y sobre todo, la verdad.

¿Y qué es la verdad?, me diréis. Era la pregunta que hacía Pilatos cuando se volvió á lavarse las manos. Verdad es lo que cada uno cree ser tal en el sentido moral. ¿Es que hay una verdad objetiva? Yo no sé si esto es algo abstruso y que mereciera desarrollo; yo se lo he de dar, pero por ahora sólo lo indico.

El error en la mayor parte de los casos es

una consecuencia de la mentira; habituados á mentir y á oír mentir, suponemos á la Naturaleza una segunda intención, como tienen los hombres, y creemos que nos quiere decir otra cosa que lo que nos dice. (Muy bien.) Esta es la triste consecuencia del espíritu de mentira. Y no; los hombres llevamos las entrañas dentro, y con frecuencia negras; las cosas del mundo que nos rodea llevan por fuera las entrañas; sus entrañas es lo que se nos abre á la luz de los ojos. Y aquí hay, sobre todo, hambre y sed de verdad, y si se trata de ahogarla en uno ú otro respecto, vendrá la época de las reticencias, de las insidias, de los apólogos, que tienen el grave inconveniente de hacer creer lo que no se dice.

¿Remedios? me diréis; hay gentes que hablan de revolución; yo no creo en la revolución; ni en la revolución desde arriba, ni en la revolución desde abajo, ni en la revolución desde en medio; no creo más que en la revolución interior, en la personal, en el culto á la verdad; no creo que las cosas se hacen á golpes, y eso sólo puede sucederle á un pueblo epiléptico, que procede por ataques, ó á un pueblo en que todo se hace intermitente, como por tercianas. (Aprobación.) Muchos de vosotros sabréis lo que en los campos de Castilla se llama el «Quita-meriendas»; es una flor deleznable; crece la planta bajo tierra, va subiendo su corola poco á poco, rompiendo los terrenos más apelmazados, y se abre á flor de tierra. ¿Cómo terrenos tan duros puede romperlos tan delicado tejido? Empujando siempre, no sesenta veces á la hora, ni sesenta veces al minuto, ni al segundo; siempre es el efecto de la acción continua. (Aplausos.)

Yo no procedo de alguna de las regiones en que á unos días serenos y tranquilos suceden unos violentos chaparrones; yo soy, señores, de un país cuyo cielo encapotado y nublado, pero altamente educador, está lloviendo noventa días seguidos; y yo, hijo de aquella tierra, á la que amo con todas las fuerzas de mi alma, si noventa años me diera Dios, noventa años estarían lloviendo lentamente, gota á gota, mis pensamientos. (Aplausos.) No; no es el remedio una revolución; y ahora os voy á decir lo que antes os indicaba; es otro; acaso si llegara á España eso que por ahí fuera se llama militarismo, provocaría la formación de un ejército frente á otro ejército, y á medida que el uno tuviera disciplina, se vería obligado á tener disciplina el otro, y sucedería como en Alemania, que hasta los «sin patria», como los llamaba el emperador, los socialistas, representan millón y medio de electores, que tienen una organización tan férrea y tan robusta como pudiera tener el ejército del kaiser. (Aplausos.)

Aquí no hay este núcleo, no puede servir de concentración, porque se ha tratado de pararle al paso por todos los caminos.



Lo peor son los neutros, esos desdichados neutros que merecían el más soberano desdén del hombre más grandiosamente desdeñoso que hayan visto los siglos, de Dante Alighieri. No les concedió ni siquiera esperanzas de muerte, y allí colocó, en aquel infierno a Pedro Morone, el Papa Celestino V, a quien la Iglesia ha colocado en los altares ¿Por qué lo condenó Dante al infierno? ¿Qué hizo aquel bendito ermitaño sacado allí, de fragosas montañas, para ponerle en el solio pontificio, que luego renunció, viendo que era superior a sus fuerzas?

Renunciarle. "Faccie per vilitate il gran refucio" Hizo por cobardía "il gran rufucio". No; el que tiene un puesto no debe renunciarle nunca.

Y voy a acabar, señores, porque de otro modo sería esto el cuento de nunca acabar. Yo, que no soy un hombre de partido, no he venido a traer un programa, no he venido a traer un específico, no me gusta eso que llaman las soluciones concretas; no que he querido más que animar, si es posible, los espíritus, activar las entrañas y verter, donde quiera que me llamen y hasta donde me llamen, oportuna y sobre todo inoportunamente, el sacramento de la palabra. Yo no sé qué haría si volviera al mundo nuestro señor Don Quijote; es fácil que, dejando la lanza y la adarga apoyada en una encina, tomara la pluma para combatir. Yo no sé si aquí puede conseguirse una unión social de todas las gentes de espíritu sereno, para defender, ante todo y sobre todo, el amor a la verdad, que es, repito, lo que más amenazado está; para defender el amor a la verdad, porque (y con esto concluyo, y no con palabras mías, sino con unas palabras del apóstol San Pablo) la verdad nos hará libres.

He concluido.

